

¿ADMINISTRAR LA PENURIA O PREPARAR EL FUTURO? (Para reencantar nuestra entrega al Dios del Reino)

Xavier Quinzà Lleó, sj
Centro Arrupe. Valencia.

La actual situación de las congregaciones religiosas es muy comprometida. Nos encontramos frente al desafío de una reestructuración institucional necesaria e inevitable. Ante ello se hace urgente una postura lúcida y generosa que lleve adelante el proceso con audacia y discernimiento, porque no hay respuestas a corto plazo. No debemos poner los ojos en soluciones inmediatas, la travesía es a largo plazo.

Desde esta convicción, preparar el futuro lleva consigo pensar en dos metas: una meta lejana y otra cercana, pero es necesario optar entre administrar la penuria o preparar el futuro. Las dos cosas a la vez no se pueden hacer. El futuro es siempre novedad, lo que no se prevé, lo que viene de Dios. Ese futuro es la meta lejana. Pero está la meta cercana, hacia la que hay que trabajar el día a día, porque es importante pensar e imaginar la novedad para encajar en ella lo que ahora somos.

Hoy en sociología¹ se tiene muy en cuenta la relación entre el horizonte de expectativas (línea móvil que nunca alcanzamos pero que nos orienta respecto de lo que vivimos y somos) y el espacio de experiencias dentro del que vivimos. Ver cómo se relacionan ambos es enormemente importante.

Cada época histórica tiene un horizonte determinado, el de la nuestra es incierto, genera inquietud e inseguridad a todos los niveles. La vida consagrada en su forma actual quizá esté llamada a desaparecer: crisis de vocaciones, envejecimiento progresivo, obras que nos desbordan...

El espacio de experiencias es lo que somos: nuestra realidad en todas sus dimensiones. Pero es muy importante caer en la cuenta de que la realidad no es solamente lo que somos, sino lo que queremos hacer con lo que somos. Por eso es capital despertar los deseos dormidos del corazón y plantearnos una verdadera actitud de apertura a lo nuevo para preparar el futuro inmediato, dentro del horizonte definitivo del reinado de Dios.

I. ¿ENCANTADOS O DESENCANTADOS?

Aunque sólo sea porque nos vamos haciendo mayores, la verdad es que la vida nos está llamando a no perder la alegría de vivir. El encanto de nuestra vida, como la ilusión, no debería ser una cuestión de juventud, sino de madurez. Porque, cuanto más conocemos y gustamos un estilo determinado de vida, más nos deberíamos aclimatar a sus modos, y disfrutar por tanto de sus posibilidades.

Conocer y gustar son sinónimos de apreciar, de valorar, de saber sacarle el gusto a lo que hacemos. Lo que sucede es que las cosas, en lo cotidiano de la vida, no son tan fáciles. Con frecuencia, los caminos trillados acaban por fastidiarnos, la novedad se nos

pierde con los años, nos encontramos con la rutina, y comenzamos a descubrir lo difícil que nos resulta en todos los campos de la vida mantener la ilusión.

Tampoco nos ayuda mucho el ambiente en el que nos movemos. Mantener un estilo de vida intenso y arriesgado, en medio de la mediocridad y el espíritu de acomodación en el que vivimos, no nos resulta nada fácil. A nuestro alrededor lo que florece es el espíritu de vivir bien, de cuidar el ego, de sentirse lo mejor posible, de procurar evitar las sacudidas vitales y de arreglárselas cada uno por su cuenta para ser feliz.

Por otro lado, nuestra vida se ha inflado en sus expectativas: se nos ha hecho creer que podíamos mantener la ilusión primera incólume. Libre del inevitable desgaste de los años, como si pudiéramos mantener una juventud perpetua. Con frecuencia, seguimos escribiendo y reflexionando sobre la vida consagrada para lectores de entre treinta y cuarenta años, cuando la tozuda realidad nos está diciendo que una gran mayoría pasamos de los sesenta.

No se trata, por tanto de volver a la ingenuidad del comienzo, sino de recuperar una segunda ingenuidad que nos permita vivir con madurez el desencanto y volver a gustar la capacidad de reelegir la vida. En realidad, de lo que se trata es de descubrir el encanto de la vida consagrada después de haber muerto a muchos falsos encantos.

Tendremos que desandar muchos caminos recorridos en falso. Atrevernos a plantarle cara a la exagerada pretensión de nuestras ilusiones, para comprender a qué estamos en verdad llamados, y cuál debe ser el listón con el que medir nuestros desengaños. No somos los mejores en este empeño de vivir libres y servidores, pero tampoco los peores. Entre la hinchada autosatisfacción por lo que hacemos, que nos conduce a no ser tomados en serio, y la desencantada frustración de lo que somos, que nos lleva a recluirnos en una esterilidad culpable, tendremos que descubrir nuestra propia verdad.

Vestidos con el sayal del desencanto

El desencanto es aquel tipo de experiencia que se da en el ánimo cuando viene a desvanecerse algo que nos encantaba. Ya que "encantar" es cautivar toda la atención de uno por medio de la hermosura, la gracia o el talento². Es en este punto exacto del desvanecimiento de lo que nos encantaba en donde queremos ahondar en este trabajo.

¿Se nos ha desvanecido el centro de nuestra consagración, el motor de nuestra vida? ¿Estamos afrontando, realmente, el final de nuestra motivación esencial para entregar la vida al Dios del Reino? Nos va mucho en acertar en el diagnóstico: ¿el desvanecimiento que nos afecta es a causa de haber perdido la gracia de la novedad, de haberse rutinizado el ritmo de nuestra vida? ¿O más bien lo que nos pasa es que hemos perdido capacidad de conectar con el tesoro escondido?

Si algo deja de cautivar nuestra atención, casi nunca sucede por decisión consciente, sino porque otra cosa empieza a interesarnos más de lo que nos encantaba. ¿Será que hemos renunciado, consciente o inconscientemente, a ahondar en lo más propio de nuestra tradición y nos hemos dejado seducir por otras tendencias más o menos ajenas? ¿Nos hemos contaminado de la cultura con la que de un modo u otro nos identificamos? ¿Nos han seducido el corazón sus otros dioses³?

También podría ser que, sencillamente, vamos notando que nuestro tono vital desciende y nuestro corazón deja de arder. Desencantarse puede ser sinónimo de debilitarnos, de perder las energías que nos movían el corazón, de enfriarse nuestro deseo ardiente, de desconcentrarse nuestro interés, de sentirnos poco o nada movidos por la fuerza que nos recrea.

Al desconcentrarse, la persona desencantada se desmotiva, se debilitan sus energías y baja el nivel de participación en comunidad. Nuestros grupos y comunidades se pueden convertir en lugares de desencanto: palabrería vacía sin interés por los problemas de las demás, necesidad tonta de moverse y sentir, búsqueda del humor sin gracia.

Seguramente deberemos volver a interrogarnos sobre nuestras redes de pertenencia, sobre la habitabilidad de nuestra propia casa. La vida en común debe ser un nido ecológico de libertad, una capacidad de renovar nuestras fuerzas, de reforzar desde los otros nuestras propias convicciones, de *reencantar* nuestra relación con lo más central de nuestra misión y de nuestra vida.

Nos echaron de nuestras moradas

Si preguntamos a muchos consagrados y consagradas de nuestros días, quizá un sentimiento muy compartido sea la extrañeza de sabernos como expulsados de nuestra propia casa. Nos habíamos sentido en medio de nuestras sociedades suficientemente queridos y apreciados. Habíamos estado en el foco de la atención de muchas hermanas y hermanos, y nos habíamos sentido valiosos en nuestra aportación a la cultura y a la sociedad.

Los miembros de la vida consagrada éramos considerados como los expertos en cristianismo. Como las personas comprometidas que se convertían en referentes en la vivencia evangélica, como los que marcaban el paso detrás de Jesús, y éramos mirados como gente que tenían un gran valor en medio de "los cristianos de a pie", es decir: los laicos que vivían su bautismo, como unos más en medio del mundo.

Pero, de pronto, como sin avisar, hemos vivido un desplazamiento simbólico de nuestros lugares de pertenencia. No es que nadie nos haya echado de nuestras casas, como en aquellos tiempos de persecución, sino que nos hemos ido sintiendo en este mundo en el que vivimos como de sobra, como "de más..."

La experiencia más viva del reconocimiento social que recibíamos se ha convertido en un conflicto abierto en muchos casos. Debemos justificar nuestra existencia, y sólo por la misión humanitaria o social que desempeñamos se nos reconoce el derecho a existir. Valemos por lo que hacemos, aunque seamos lo que somos: cosa que cada vez más a nadie interesa.

Desde este punto de vista nos sentimos ante la tentación de ser "productivos" en la sociedad en la que nos insertamos, de tener un lugar propio por lo que hacemos, aunque no se nos acepte por lo que somos. Este dilema entre el ser y el hacer está marcando cada vez más nuestro horizonte vital, y amenaza con contagiar también a las motivaciones de nuestra vida. Lo importante, en estas circunstancias, sería según pensamos, atender a la "eficacia apostólica", a los resultados de lo que hacemos.

Sin embargo, evaluar nuestra vida por los resultados concretos de nuestra acción educadora o social nos puede poner en el límite y aún hacernos caer en un exceso de responsabilidad: nos cargamos sobre las espaldas la tarea de transformar la realidad social y a sus protagonistas, con toda la problemática que ello conlleva. Sobre todo por el desgaste que nos supone aceptar cada día las propias deficiencias y los propios fallos.

Por otro lado, la vida de comunidad ha dejado ya de ser un hogar feliz. Las diferencias generacionales se han agudizado enormemente y, en nuestros días, es frecuente contemplar grupos y comunidades religiosas en donde una o dos personas jóvenes, en plenitud de facultades, han de compartir el espacio y la vida con una mayoría de religiosos mayores y aún muy mayores.

Esta problemática de la convivencia no tiene una solución fácil: faltan generaciones intermedias, ya que algunas de ellas han quedado muy disminuidas por las crisis de décadas anteriores. La generación de los cincuenta largos se ha eternizado en los cargos de responsabilidad, de tal manera que está siendo un verdadero tapón para el acceso a las generaciones más jóvenes.

Encontramos siempre excusas para no ceder el lugar que hace tanto tiempo monopolizamos. "No están preparados, son mucho más flojos que nosotros, no tienen cuajo suficiente para hacer frente a la vida y sus problemas, son gente que va "a su bola", sólo tienen tiempo para lo que les interesa, no se dedican a la comunidad, etc." (Léase no se dedican a cuidar a los mayores, ¡claro!).

De este modo se va creando una sensación difusa de debilitamiento de los vínculos comunitarios por ambos lados: por parte de los mayores, que vemos a los jóvenes como inmaduros, y por parte de los jóvenes que nos consideran ya pasados del todo, sin ninguna idea realmente aprovechable. Desde el punto de vista de la estrategia apostólica la situación descrita adquiere todavía unos tintes más preocupantes. Unos y otros nos consideramos demasiado lejos como para poder establecer unos criterios comunes que nos aúnen en la misión y en las tareas que ella conlleva.

Pasó la cosecha, se echó el verano

Cada tiempo tiene sus frutos. El problema se produce cuando comenzamos a experimentar que ya no es nuestro tiempo: que estamos de más. Que nos hemos convertido en una reliquia del pasado.

¿Realmente ha pasado el tiempo de la vida consagrada? En cierto modo sí: no somos ya la fuerza significativa que hemos sido en otra época. Incluso pareciera que nos hemos convertido en algo superfluo, no necesario, que aunque desapareciera en la Iglesia, no se habría perdido nada fundamental. O al menos que no se nos echaría mucho de menos.

Se nos invita a pensar, y no sin razón, que somos los últimos de Filipinas, que la generación de la *Perfectae Caritatis* ya ha cumplido su misión en la Iglesia. Pensamos que cuarenta años ya son muchos, dado los tiempos que corren, y que, aunque se nos puede reconocer el merito de haber dado buenos frutos, ya se ha pasado nuestro tiempo y lo mejor que podemos hacer es aprestarnos dignamente a morir. Pasó la cosecha, se echó el verano...

Esta consideración, aunque un poco cruel, no deja de ser seriamente verdadera. No se puede luchar contra las tendencias sociales que dan cuenta de lo que somos y sentimos, más de lo que imaginamos. Es cierto que la profunda renovación que emprendió el concilio Vaticano II supuso un cambio hondo de la cultura, si no incluso de la teología de la vida religiosa, tal y como se había vivido, hasta ese momento, en la Iglesia.

No vamos a insistir en este tema, que ya ha sido tratado con rigor por los muchos especialistas. Pero sí que nos interesa recalcar dos ideas fundamentales: en primer lugar, la teología de la vida consagrada, como propuesta de seguimiento radical de Jesús y aspiración a la intensidad de un amor personal y exclusivo por su persona no ha perdido su vigor y sigue siendo actual y muy válida.

Por otro lado: es incuestionable que los cambios culturales de la modernidad tardía han sacudido muy notablemente la identidad social de los consagrados y consagradas de hoy. Lo que significa que en la negociación de nuestra propia identidad es donde se están produciendo los cambios más decisivos. No podemos decirnos, con verdad quiénes somos sin recurrir a los diferentes modos como en nuestra cultura se traban los

significados vitales y existenciales. No sabemos bien quiénes somos sin dar cuenta ante los ojos de los demás de nuestro propio estilo de vida.

Lo que está cambiando, y de un modo muy serio y profundo, son los modos como nos explicamos lo que somos y vivimos, es decir: la cultura propia de la vida consagrada⁴. Está naciendo una nueva cultura de la consagración al Dios del Reino. Nuevos modos de vivir y expresar la realidad, siempre antigua y siempre nueva, de nuestros votos. Hoy sabemos que ser pobres, castos y obedientes, en la Iglesia y en la sociedad, nos exige encontrar nuevos cauces de expresión y otras formas de vida.

Lo que está cambiando, y muy profundamente, son los modos como vamos trabando nuestra vida con los otros y las otras en nuestras comunidades. Es una nueva concepción de la trama común lo que se está imponiendo en nuestros grupos e instituciones religiosas. No queremos seguir como hasta ahora guiándonos por unas reglas que no nos sirven, por ese conjunto de convenciones heredado, que no nos ha permitido atravesar la dura superficie de las formas educadas y precisas.

En lo concreto de nuestra vida cotidiana nos sentimos hondamente decepcionados del respeto solo superficial a nuestra propia soledad, de los estrechos y correctos cauces de la interacción personal, de la apariencia de bienestar comunitario; hechos que apenas pueden ocultar la constatación de nuestra propia incapacidad para dar paso al verdadero amor y a la comunicación afectiva y fraterna entre nosotros. Nos sentimos incómodos ante una manera de soportar los conflictos a base casi siempre de mantenerlos soterrados, y a no darles el cauce adecuado para su expresión madura y responsable.

Respecto a la forma como abordamos la obediencia en la misión que se nos ha encomendado, en la mayoría de los casos, lo que prima es la eficacia de los medios con los que realizamos nuestra tarea. Nos sentimos, frecuentemente, presionados a cubrir las expectativas de los que nos organizan la vida, sin tener en cuenta que la multitud de tareas nos desgasta y no sabemos cómo buscar el equilibrio entre lo exterior y lo interior de nuestra vida.

¿Hemos renunciado a tener herederos?

Debemos reconocer que sobre todo lo dicho anteriormente, la actual crisis de vocaciones nos pone en una situación muy desagradable. Sin herederos que puedan continuar nuestras tareas, que ciertamente son demasiadas, ¿cómo encontrar sentido a lo que llevamos entre manos? Se nos dice, con frecuencia, que deberemos entrar en un proceso de reestructuración de las obras apostólicas, y adelgazar sensiblemente el peso de nuestras instituciones. Pero el problema no acaba ahí.

Es algo más hondo lo que nos está soliviantando la vida y hasta la propia vocación: ¿Será que no tenemos ya herederos? ¿No tenemos quiénes se animen a seguir este camino, porque ya no es útil en nuestra Iglesia? ¿O es que las motivaciones profundas de nuestra vida han dejado de interesar a los jóvenes sanos de hoy, que los hay como los ha habido siempre?

Vivir en este crudo dilema y hacerlo mientras vamos viendo que pasan los años y no se reverdece suficientemente el árbol de nuestras congregaciones e institutos, nos conduce a tener que soportar un peso añadido de sufrimiento a la muy desgastada vida que hoy nos toca vivir.

Porque seguimos creyendo que la opción por la vida consagrada es una seducción del corazón que merece la pena. Más aún: pensamos, sin querer caer en la arrogancia de otros tiempos, que no existen muchas otras opciones vitales tan ricas y atractivas para una persona joven sana de hoy, que no quiera contentarse con cualquier cosa. Somos

conscientes de ello y nos alimentamos en muchas horas de soledad consolada ante nuestro Señor.

Es cierto que el desarraigo de las jóvenes generaciones no les dirige fácilmente hacia las orillas de nuestros grupos religiosos⁵. Parece que se han instalado en un ir viéndolas venir, en un ir gastando la vida sin aparentes deseos de algo más grande. Y debe ser así en muchos casos. Pero qué duda cabe que ese mismo flotar a la deriva a falta de opciones y compromisos sólidos puede ser un agarradero para experiencias de mayor intensidad y de compromiso.

Si el problema radica en que hemos renunciado, al menos inconscientemente, a tener herederos, entonces es más un problema nuestro que de los mismos jóvenes. Cuando uno acepta tranquilamente que nadie le va a seguir en el camino emprendido es que ha perdido definitivamente el rumbo. Si nadie viene con nosotros, ¿adónde podemos ir? El futuro es siempre la novedad que se añade a la experiencia y la transforma.

La vida eclesial y religiosa se renueva por agregación, no brota de los mismos que hemos sido llamados en un tiempo cualquiera, sino de la confianza en el Señor de que otros y otras se agregarán a esta aventura y seguirán nuestros pasos, del mismo modo que nosotros hemos seguido a los que nos precedieron.

Fácilmente llegamos a pensar que es de nosotros mismos, de nuestra propia vitalidad, de nuestra energía germinativa de donde tienen que brotar las nuevas vocaciones, pero tal afirmación es un error, tanto para lo malo como para lo bueno. Para lo malo, porque ellos no son los frutos de nuestras ramas y nuestras flores, ya que estamos llamados a extender el reinado de Dios y no a perpetuarnos. Pero también para lo bueno, porque si no está en nosotros la fuerza de despertar la pasión por Dios y por la humanidad en el corazón de los jóvenes, tendremos que confiar mucho menos en nosotros mismos y mucho más en el único Señor que puede hacerlo.

Quizá lo que no queremos ver de la crisis es que la duda ha clavado sus colmillos afilados en el centro de nuestro corazón. Y que a veces, como Jeremías, nos hemos preguntado: *“¡Ay! ¿Serás un espejismo, aguas no verdaderas?* Más de una vez se nos ha encogido el alma, a lo largo de estos años, con una sospecha falaz que nos ha asaltado de cuando en cuando. ¿No nos estaremos empeñando en una inútil tarea? ¿No estaremos apostando a un caballo perdedor? ¿No será el empeño de nuestra vida un espejismo?

Sobre todo, cuando los contratiempos nos han avasallado la autoestima, o cuando hemos tenido que sufrir el abandono de algún compañero o compañera, o incluso cuando nos hemos tropezado con la incomprensión de alguna persona con responsabilidad sobre nuestra vida. Siempre la misma pregunta: ¿no nos habremos equivocado al poner todo el peso de nuestra vida en la fragilidad del amor?

Las dudas que nos muerden el corazón se llaman el desengaño de los grandes ideales, y son las tentaciones de la edad madura. Pero la confianza extrema en la Roca que nos salva nos tiene que dar el último agarradero vital. Una confianza que se arraiga en nuestra falta de confianza en los medios propios, que ya no nos saben conducir por ningún camino.

Cambiaré la suerte de las tiendas de Jacob

Reencantar la vida parece ser la consigna de este tiempo nuestro en la vida consagrada⁶. Volver a recuperar el encanto de la vocación, sacarle jugo al estilo de vida que nos caracteriza en la Iglesia. Devolver la luz a nuestra mirada, darle fuelle a nuestra imaginación, volver a sentir el corazón en ascuas, como los de Emaús.

Cuando se nos ha debilitado el fervor, cuando hemos experimentado el roce agrio del desencanto, cuando se nos ha enfriado el amor, tendremos que volver a las fuentes de la vida y de la espiritualidad y descubrir en una renovada entrega, que "somos siervos inútiles".

Descubrirlo además, con alegría. Como quienes se tropiezan de nuevo, después de haber dado muchos rodeos, con la verdad más pura del corazón, con aquella verdad que nos puede revitalizar profundamente la vida. Recuperar la esencia de lo que somos: servidores. Gente que no puede tener en sí el centro de sus afanes, porque vivimos para los demás, porque hemos querido dar el paso decisivo de amar de otra manera.

Deberemos recuperar la habitabilidad en nuestras comunidades con una mayor dosis de audacia evangélica, sin olvidar nunca que lo que nos renueva siempre es el estilo apostólico de vivir la misión compartida con otros y otras. Que deberemos descubrir y explorar modos nuevos de vida en común, de estrenar relaciones fraternas y sororales, para recrear otra vez la urdimbre de la mutualidad. Unos para otros y otras, otras para unos y unas.

Quizá uno de los puntos decisivos del desencanto de la vida consagrada de nuestros días es la sospecha de haber perdido la legitimidad. Las crisis de legitimidad están, en nuestra sociedad, a la orden del día. Quizá ya nos hemos acostumbrado a tener que hacer frente a situaciones en las que la Iglesia, como otras instituciones de nuestra sociedad, está sufriendo crisis de ese tipo.

En todo caso, las crisis de legitimidad nos ponen una y otra vez frente a nuestra capacidad de negociar la identidad, y nos hacen reconocer que no sabemos bien cómo podemos hacerlo en una sociedad en la que sólo se legitiman los estilos de vida en orden a su instrumentalización mediática o funcional.

En todo caso la fuente de legitimidad de cualquier grupo humana está siempre arraigada en la autenticidad o coherencia de sus prácticas de compromiso. Incluso, cuando podemos admitir que hay falta de coherencia entre lo que pensamos y decimos, entre nuestras grandes declaraciones y lo pobre de nuestra realidad, ello no compromete, sino que afianza la autenticidad de nuestra vida. Auténticos lo somos, porque sabemos reconocer las incoherencias y seguimos aspirando a lo mejor.

Legitimar de nuevo nuestra misión no nos puede poner a la altura de los que en nuestra sociedad buscan, como nosotros, mejorar las condiciones de vida de los más desfavorecidos. Lo que legitima nuestra misión es precisamente nuestra identidad de consagrados, el aspirar con más o menos urgencia a una integridad de vida más verdadera. La santidad, esa palabra que nos asusta porque nos viene demasiado grande, no es sino dar cauce a los deseos de vivir una vida íntegra y de una intensidad verdadera en el amor a Dios y a los hermanos.

Si la vida consagrada tiene que volver a arraigar en esta nueva cultura, también el pueblo de la Biblia tuvo que experimentar la llamada a regresar del exilio. También tuvo que hincar su corazón en la solidez de la Palabra del Señor, que nunca vuelve de vacío. Los libros de la consolación, de los profetas que vivieron el exilio después de las dos deportaciones a Babilonia, dan cuenta de ello. No les fue fácil volver a prender en el alma de los israelitas el recuerdo de la promesa.

Tuvieron que vencer multitud de resistencias para convencer al pueblo de que había que ponerse de nuevo en camino, que la cierta comodidad del hábito de desterrados debería mudarse en vestido de peregrinos.

Quizá la fuerza principal para recuperar el encanto para nuestra vocación de consagrados al Dios del reino, sea como lo pudo ser entonces, la llamada de los que nos esperan. Los que confían en que no nos vamos a acomodar a las condiciones que

nuestros ídolos nos imponen, pequeños y empobrecidos, que están esperando de nosotros una actitud de desinstalación.

Volver del destierro significa reedificar la casa desde las ruinas que nos quedan. Significa que podemos poner en pie otra vez lo que se nos ha desmoronado con tanto sufrimiento. Pero ello solo será posible si nos dejamos atraer de nuevo el corazón por el Señor, si volvemos a escuchar su voz y nuestra vitalidad se renueva desde ella, si creemos en él, y nos dejamos amasar de nuevo por sus manos de Alfarero.

II. TRANSPARENTAR LA GLORIA DE DIOS

¿No podré yo trataros como este alfarero?

Lo decisivo, en cualquier etapa de la vida, es volver a abrazarse a ella como si acabáramos de nacer, como si fuera la primera y única oportunidad de la que vamos a disponer en adelante. Es volver a elegir la vida.

Volver a elegir la vida es saber que solo desprendiéndonos de lo viejo podemos alcanzar lo nuevo. El peligro peor que tendremos que afrontar es nuestra incapacidad de hacer lo que hacemos con total seriedad, de tomar en serio el momento que vivimos, porque ésa es la única tarea verdaderamente seria y religiosa de nuestra vida: aprovechar el instante con todo el corazón. Lo que demuestra que hemos elegido hacer lo que deseamos de verdad con nuestra vida.

Elegir de nuevo, en cada instante, la vida que en un momento dado hemos elegido es lo único que la salva de todas la inquietudes, tanto del más allá como del más acá. Vivir con intensidad lo que vivimos, aferrarnos al instante como si fuera eterno es lo que nos produce el gozo verdadero de vivir. Para vivir con intensidad lo que somos y lo que hacemos, es preciso que nos afirmemos en la libertad soberana a la que pertenecemos.

Sólo quien elige la vida en cada instante vive de verdad y se construye como señor de lo que es y lo que hace. Para ello es necesario que nos volvamos a hacer la pregunta sobre lo esencial de nuestra vida: ¿Cuáles son nuestras ganancias y cuáles son nuestras pérdidas?

No podremos desprendernos de lo extraño que nos lastra si no nos preguntamos con seriedad sobre el balance de nuestra vida. Como arcilla entre las manos del Alfarero, deberemos saber que el cacharro que sale mal hay que deshacerlo y volver a empezar. Aquí está la clave para tener futuro: en nuestra capacidad de tirar a la basura los odres viejos para que no revienten con el vino nuevo que queremos conservar en la bodega del corazón.

Para ser como un árbol plantado junto al agua tendremos que volver a mirar en qué tierra nos arraigamos. Si es estéril o salobre o si es fecunda y junto a la acequia. Dar fruto es un deseo, consciente o no, de todo ser vivo. Como todos, nosotros, los consagrados y consagradas de hoy, queremos vivir una vida que sea, de verdad, fecunda. La fecundidad es uno de los anhelos más profundos del ser humano, porque brota de la misma capacidad de expansionarse de la vida. Ser fecundo es la capacidad del yo de extenderse más allá de sus límites, de multiplicarse desde sí mismo.

Evidentemente pretendemos dar los frutos propios de cada estación, porque no se puede pedir peras al álamo, ni esperar que el brote borde nos dé frutos dulces y sabrosos. En cada estación de la vida las fuentes de la renovación espiritual son diferentes y cabe esperar de ellas unos frutos u otros. A veces vamos al campo en otoño y queremos recolectar las primicias de primavera, lo que no puede ser. No nos empeñemos sino en buscar los frutos en su sazón, cuando la tierra puede darlos.

"Tú me sedujiste, y yo me dejé seducir" No sabríamos decir con verdad qué fue primero: si la experiencia de seducción por parte de Dios, o nuestro deseo de ser seducidos irremediabilmente por él. ¡Habíamos estado tan expectantes, tan solos, tan desnudos junto al camino! Que cuando el Señor pasó por nuestro lado, nos cubrió con su manto y nos dijo: ¡vive!, nos pareció que se nos había acabado el tiempo de las desdichas.

Lo que no podíamos adivinar es que, precisamente en ese mismo momento, cuando nos creíamos a salvo de la soledad y la intemperie, en realidad también nuestras desdichas recomenzaban. Nuestro deseo de ser arrebatados por el fuego amoroso de Dios no nos dejaba ver lo fundamental: es terrible caer en la manos del Dios Vivo!

La violencia del amor es hacer y deshacer. Sus manos amorosas toman la arcilla nueva y la van modelando poco a poco hasta convertirla en el vaso nuevo que desean. Pero también saben deshacer amorosa y cuidadosamente lo realizado con tanto esfuerzo y transformar luego los pedazos rotos e inservibles en obra que se renovará por el trabajo de sus manos.

Para dejarnos hacer por el Alfarero necesitamos un corazón humilde y sencillo. Porque su amor, como un fuego ardiente encerrado en los huesos nos quema por dentro y nos hace poco a poco transparentes como el cristal para gloria de su amor y de su gracia. Este es verdaderamente el desafío: dejarnos pulir el corazón por sus manos amorosas para transparentar, sin velos, su propia gloria.

Vivir la única pasión por Dios y por la humanidad

El gran desafío de la vida consagrada hoy es vivir la única pasión por Dios y por la humanidad, porque no hay dos pasiones, sino sólo una.⁷

La humanidad está entrañada en el mismo corazón de Dios, Dios está encarnado en el mismo corazón de la humanidad, por lo tanto el sentido de la vida consagrada es vivir el drama de nuestro tiempo, es decir: entrar en comunión con lo grande y lo pequeño de nuestros hermanos, con lo herido en su corazón y en el nuestro, en el corazón de Dios y del mundo.

Pero esa misión, esa entrega, esa donación de nuestro propio ser, precisamente se hace como una búsqueda del amor de Dios. No queremos cambiar la gloria de Dios por la gloria del ser humano, porque creemos que la gloria de Dios es que el ser humano viva y la vida del ser humano, según Ireneo de Lyon, es la visión de Dios.

La gloria de Dios es su reinado, es decir: la infusión de su amor en nuestros corazones. Por ello nuestra entrega tiene que ser siempre respuesta, desafío a nuestro corazón ante los sufrimientos, las necesidades del mundo, pero a la vez, esa entrega debe estar vivida como búsqueda de la presencia del amor de Dios en la realidad doliente de nuestro mundo

En realidad no importa lo que nosotros hagamos, aunque pueda parecer a la vez, importante, lo que importa es que entendamos lo que Dios quiere para nosotros. No importa que se haga nuestra obra, que vivamos la vida muy realizados y muy plenos, lo que importa es que la obra de Dios se haga en nosotros, que Él reine en todos los corazones.

La experiencia nos muestra que sólo nuestra misión, cuando está interiorizada y vertebrada, se configura como una obra de Dios en nosotros. Nos muestra que la comunidad, sólo interiorizada y vertebrada, es como se configura en un sujeto de comunión, como una comunidad que se abre a la comunión. Nos muestra que la consagración, sólo interiorizada en el amor frágil, en el amor de Dios, vertebrada en el

amor de Jesús, sólo así se configura como vida alterada por la Palabra, alterada por el amor, entregada en pobreza, en castidad, en obediencia.

¿Cuál es el problema? El problema de nuestra vida consagrada es que para hacer visible el reinado de Dios necesitamos palabras más convincentes. Que este misterio que vivimos cada uno y cada una de nosotros, este misterio en el que nos encontramos trabados, crucificados a veces, impotentes, fecundos, rotos... no conseguimos expresarlo, no conseguimos traducirlo de modo que se pueda captar, que pueda transparentar lo que somos y vivimos, que pueda ser verdaderamente convincente. Necesitamos palabras más convincentes que traduzcan el misterio de la soberanía de Dios, lo transparenten en el misterio de nuestra consagración, al lenguaje de nuestra cultura.

Este es el drama más íntimo de la vida consagrada, y lo vivimos en nuestro corazón, abrazados a ese misterio de amor frágil, de comunión en lo más profundo y en lo más herido de Dios. Pero tenemos que negociar con otros esa verdad viva, ese misterio inexplicable, tenemos que desenterrar ese tesoro y negociar lo que somos y lo que hacemos en medio de una cultura que sólo nos tiene a nosotros para transparentar la gloria de Dios, para hacer visible su reinado.

Cuando decimos que en la vida consagrada queremos ser testigos del gusto por el Dios de la vida, estamos queriendo decir eso. Cuando decimos que somos signos de ese amor escatológico, reconciliador, estamos queriendo decir eso. Por eso necesitamos volvernos mucho más al corazón, porque sólo desde la propia experiencia, doliente, enamorada, atravesada y crucificada, sólo desde ahí pueden nacer esas palabras más convincentes.

Estoy convencido que la interioridad tiene que volver a ser el momento fundacional de nuestro amor, de nuestra comunidad, de nuestra misión, es decir, que para que esas palabras sean verdaderamente más convincentes tenemos que volver al corazón, tenemos que volver a quemarnos en la hoguera del amor de Dios.

El humanismo ha querido calentarse a la hoguera del amor de Dios, pero nosotros sabemos que lo que importa es vivir en la Presencia de esa zarza ardiente, en la soberanía de su amor, implicándonos verdaderamente hasta el final: hasta quemarnos.

Es en esa experiencia interior de su reinado, en lo más propio, en donde tenemos que hacer el éxodo de nuestra vida. De ahí es de donde pueden nacer las palabras más convincentes, de habernos sentido con Él atravesados, heridos, y, por supuesto, también amados y bendecidos. De este modo es como nosotros tenemos que estar abrazados a esta humanidad caída: abrazados como servidores del Reino de Dios, como inspiradores de una palabra de comunión.

Los tres pasos inevitables de la vuelta al corazón

En ese redescubrir la interioridad⁸, volver al corazón, que no es reducirnos al mundo de lo privado, podríamos hablar como de tres grandes fases o etapas. No se trata de cultivar el jardín interior de nuestro consuelo, al revés, es entrar en la batalla de cada día, porque el corazón es el lugar desde donde contemplamos el mundo, y aquí hay una misteriosa comunión entre el mundo y corazón. Quizá las palabras más convincentes tienen que nacer de una profundización mayor de nuestra propia experiencia íntima de haber sido renovados por el amor de Jesús.

El primer paso es aceptar el dolor del desconcierto

El primer paso de ese volver a la interioridad más auténtica es precisamente asumir el dolor de la desorientación, de la crisis, del desaliento: asumir la experiencia de inutilidad

de nuestra vida. En la vida consagrada de nuestros días estamos sufriendo la experiencia de que no valemos, que somos siervos inútiles, de que nadie encuentra que tengamos nada que ofrecer, que no se nos comprende, que nuestras obras nos superan, que no tenemos vocaciones, etc.

Es precisamente ahí en donde deberemos ahondar, ya que eso no es otra cosa que la doliente interioridad, y como no entremos con entereza a asumir esa realidad, perdemos la gran oportunidad de nuestra vida. La única oportunidad, porque realmente es el mayor desafío de nuestra propia vida: tocar otra vez la raíz frágil, con el corazón entregado, arraigarnos en la pobreza amada.

Como compañeros de Jesús, somos iconos del Siervo, esos siervos pequeñitos, los amigos y las amigas del Siervo, como le gusta decir a Dolores Aleixandre. Los consagrados a su reinado somos los amigos y las amigas del Siervo. A mí me da la impresión que necesitamos tocar más la herida de la propia esterilidad, de la propia incapacidad de responder, de la propia pobreza, como personas y como carisma de la Iglesia, como vida consagrada de la madre Iglesia.

Ser conducidos al desierto: una tierra sin huellas

Hay un segundo paso en el cual el amor nos va conduciendo hacia la tierra sin huellas, hacia el desierto que tiene aquí una bonita definición; el desierto en la Escritura es esto, es una tierra sin camino, es una tierra en donde no puedes seguir el rastro de nadie, una soledad poblada de aullidos en donde Dios nos encuentra.

El desierto es el lugar de la ruptura de lo banal, de lo conocido y sabido, que nos pone en la posibilidad de descubrir al Dios de la zarza. Ése es el problema: poder decir, "Aquí está!": caer en la cuenta que atravesando nuestra desorientación, ahondando en nuestra propia experiencia de inutilidad, de fragilidad, es como nos podemos encontrar con el Dios Vivo y escondido.

A Moisés se le tiene que romper antes su propia vida, su propia seguridad, para entrar en el desierto y encontrar la fuerza que necesita para vivir y para liberar a su pueblo. La zarza ardiente es el lugar en donde se le va a devolver a su propia vocación. Es decir, que Moisés cuando llega al Horeb no pertenece a nadie, es un hombre extraviado. Moisés huye con su propia soledad a cuevas, a una tierra de nadie, y sólo ahí va a encontrar al Dios que se esconde en la zarza que arde sin consumirse. Y esto me parece que es lo importante.

A Moisés se le comunica quién es él en el desierto, en la presencia de la zarza. El Dios que está en las alturas inaccesibles del Horeb baja a la estepa, a hacer arder una zarza. Evidentemente eso significa que Moisés va a experimentar en esa zarza prodigiosa la presencia escondida de Dios, va a descubrir el amor doliente de Dios que dice: "He visto el sufrimiento, la opresión de mi pueblo, he oído los gritos, el clamor (...) He visto, he oído y he bajado".

Aquí está muy bien expresada la experiencia de la transformación interior de Moisés, en ese descubrir que el que ha bajado es Él, el que ha visto es Él, el que ha oído es Él... el que sufre con su pueblo es Él... Entonces Moisés sí que puede ir a Egipto como enviado, con la experiencia honda de ser una persona transformada interiormente, precisamente por la fuerza inmensa de ese amor herido.

La revelación del rostro de Jesús: ¡hemos visto su gloria!

El tercer paso lo damos cuando descubrimos que el Dios que mora en lo escondido de Jesús, nos recompensa cuando también nosotros entramos a lo escondido de nuestra

vida, a nuestro propio lugar como medida de la madurez, porque eso es lo escondido. Entonces es cuando el Dios que se esconde se vuelca misericordioso en recompensarnos de una manera única: nos recompensa revelándonos el rostro de Jesús.

Me parece muy hermoso, me parece muy profundo y verdadero. Precisamente cuando tocamos la hondura de nuestro desconcierto, cuando nos podemos acercar descalzos a la zarza ardiente, es cuando podemos volver al mundo, podemos volver a la liberación como Moisés. Como el, volvemos con un anuncio escuchado en el corazón...

El retorno al mundo con una misión es consecuencia de esa honda transformación interna. De haber sabido ponernos directamente en el amor, directamente en la herida, en el desconcierto y haber descubierto ahí la zarza, ahí el Dios escondido: en el rostro de Jesús.

Decimos muy fácilmente que Dios se nos manifiesta en la encarnación de su Hijo, pero en realidad Dios no se puede manifestar como tal Dios sino ocultándose en la humanidad de su hijo Amado. Es decir, el modo como Dios se manifiesta en la encarnación es llamándonos a que le descubramos en la fe. De modo que la mayor manifestación de Dios es la que nos muestra a Dios y su reinado escondido en Jesús, prueba de ello es que cuando Jesús siente la tentación de desplegar la fuerza de la divinidad en las tentaciones de su propio desierto personal, lo que hace es confirmarse en asumir el ocultamiento, la condición común de su humanidad.

Este es un planteamiento totalmente diferente al de concebir la misión como una tarea, como un protagonismo, como un deseo de hacer cosas y hasta... de importunar a los demás con nuestras convicciones. El que vuelve a la misión así transformado, vuelve con un arraigo muy fuerte en la verdadera humildad, vuelve con una experiencia que verdaderamente le ha transformado el corazón en comunión de amistad con el Rey eterno y Señor universal.

¿Cuál es el problema una vez más?, que necesitamos volver a la interioridad, que necesitamos descubrir en ese éxodo de lo más propio al Dios escondido en Jesús y de ahí, de esa experiencia sufrida en el corazón, entonces, sí que volveremos trasfigurados, volveremos transformados, entonces sí que podremos, como Moisés, vivir con confianza la misión de salir con el pueblo de Egipto. Nuestro rostro, como el suyo al salir de la Tienda, reflejará su gloria.

Vivir el drama de nuestro tiempo: hacer transparente el reinado escondido de Dios

Creo que vivir el drama de nuestro tiempo es nuestra vocación, creo que la vida consagrada no encontrará su futuro, sino en la mayor comunión posible con el sufrimiento y con el gozo de nuestros hermanos y hermanas, con sus expectativas y dolores, con los desafíos de nuestro tiempo. Creo que el sentido de la vida consagrada está vinculado precisamente a la experiencia íntima y doliente de responder a ese sufrimiento, pero que debe hacerlo como una manera de hacer transparente y visible el reinado escondido de Dios en Jesús.

No como quien quiere, desde sí mismo, cambiar el mundo, sino como quién quiere descubrir el sentido de lo que vivimos, transmitir el sentido hondo de ese sufrimiento, que es ese secreto, el mejor guardado de la historia: el amor de Dios, el amor eterno de Dios, el amor triple de Dios, es un amor desarmado, es un amor de Corazón atravesado, herido.

No podemos entrar en comunión unos con otros, como bolas de billar perfectamente pulidas, cerradas en nosotros mismos. Lo que hace que podamos entrar en comunión unos con otros es la grieta de cada uno que se une con la grieta del otro, la herida de cada uno con la herida del otro. Dos seres cerrados, plenos, redondos, lo único que pueden hacer es chocar, como las bolas de billar.

Cuando dos seres humanos se acercan el uno al otro, el misterio de la comunión siempre se produce en el corazón herido. Por eso la gran fuente de la ternura y de la misericordia de Dios es el corazón abierto de Cristo, es el lugar en donde la herida de la humanidad, la herida del Hijo del hombre, es la misma herida del corazón de Dios.

No importa lo que nosotros hagamos, no ponemos el interés en nuestro esfuerzo, en nuestra eficacia, en cómo vamos a cambiar este mundo. Ya sabéis aquello de que el vuelo de una mariposa en la Amazonía desata una tormenta tropical en las islas Fiji. El cambio del mundo al que nos invita el Evangelio del reino no son grandes cambios, se cambia el mundo con pequeños gestos de compasión y acogida: cuando un niño deja de llorar, cuando se consuela a una madre viuda, cuando se da de comer a los hambrientos en el desierto, tal y como lo hacía Jesús. Esos son los verdaderos, los trascendentales cambios del mundo.

El problema no es querer cambiar el mundo como los titanes, como quien se desgasta en una tarea enorme, el problema es ir generando esos ligeros vuelos de mariposa que son los capaces de desorganizar toda la climatología de nuestra sociedad injusta e insolidaria.

No importa lo que nosotros hagamos, lo que nosotros entendamos, lo que nosotros digamos incluso, lo que importa es que la obra de Dios se haga en nosotros, lo que importa es que entremos en esa dinámica y nos podamos sentir verdaderamente en comunión con Él, en comunión con el hermano.

Hace visible la gloria de Dios es envolver al otro en respeto y en ternura. Por eso, una vez más, las palabras más convincentes de nuestra vida para hacer transparente el amor de Dios, para hacer visible la gloria de su reinado, a lo mejor son, no tanto decir palabras, cuanto reflejar ese amor, acoger y defender la dignidad del ser humano caído. Que él mismo o ella misma pueda descubrir que es hija o hijo queridos, amados por Dios.

Es una idea paulina: si tratamos a los demás con esta especie de respeto, casi de adoración en el sentido íntimo de la palabra, cuando los rodeamos de dignidad, entonces es cuando podrán ir descubriendo que están habitados por el amor de Dios. Amor de Dios que le llama a ella, a él y a todos a sanar su propia vida, a recuperar su propia dignidad.

No es tanto decir palabras, incluso cuando sean verdaderas, cuanto envolver de respeto y de ternura al hermano o la hermana; no es tanto transmitir ideas, por bellas que éstas sean, cuanto ayudarles con humildad y acompañarles en esa transformación del corazón que siempre es de dentro hacia fuera, y no al revés.

Quizá por ello, descubrir la verdadera interioridad tiene que estar muy en contacto con la experiencia compasiva, con la experiencia de comunión con lo demás en el sufrimiento. Cuando uno sufre no hay mucho que decir, porque las palabras sobran, pero hay mucho que hacer, es decir, estar cerca, apoyar, consolar, acariciar. Para afrontar el desafío verdadero de la vida consagrada hoy hay mucho más que hacer que decir.

Como quien va al exilio: testigos de la gloria de Dios

El mayor desafío de la vida consagrada es tener hoy la osadía de querer ser testigos de la Gloria de Dios, lo que nos exige afinar mejor la calidad de nuestra vida. Porque transparentamos muchas veces, una vida muy recortada y sin aliento, que en poco o en nada se parece a la Gloria de Dios⁹.

La Gloria de Dios en el pueblo de la Biblia era un resplandor de la magnificencia y de la majestad del Dios de dioses y Señor de señores. Era el peso de su prestancia divina, la grandeza de su poder, la belleza incluso de su Presencia, ante la que no se podía uno sino postrarse en completa y total adoración. Ver la Gloria de Dios hacía exclamar al

profeta, como al joven sacerdote Isaías, aquel: *“¡Ay de mí! Estoy perdido. Siendo un mortal, ¡ he contemplado la gloria del Dios Vivo!”*

La vida consagrada tiene hoy un lugar privilegiado: habitar en el exilio. Vivir más desinstalados y disponibles, si queremos ser testigos de otra ciudad, la ciudad permanente, la que se nos promete y de la que extraemos la fuerza para vivir en las tiendas de ésta por la que nos movemos.

Como vigías, centinelas y atalayas hemos sido llamados a alertar de los peligros que se puedan cernir sobre nuestras hermanas y hermanos. Una de las misiones más específicas de la profecía bíblica ha sido siempre, precisamente, la de ser vigía permanente del pueblo. Vigía alerta que sabe percibir el peligro cuando se aproxima y avisar al pueblo para que se defienda y se proteja. Vigía en las murallas en la oscuridad, que responde una y otra vez a la llamada: *“¿Qué ves en la noche, dinos centinela?”*

En el comienzo de la vocación de Jeremías, casi inmediatamente después de haber sido tocada su boca con la mano extendida del Señor para ser constituido como vocero del Dios Vivo, éste le pregunta: *“¿Qué ves, Jeremías?”* Y el profeta responde: *“Veo una rama de almendro florecida”*.

Como centinelas, somos llamados a ejercitar el arte de discernir lo viejo y lo nuevo, esa nueva actitud de la vigilancia cristiana que se convierte en un consejo repetido del Señor. Nos jugamos el futuro en discernir lo nuevo de lo viejo. Estar en un acuerdo tácito con lo que puede estar naciendo en nosotros, aprovechando las oportunidades reales que nos ofrece la vida. Ésa es la virtualidad de nuestro vivir.

Con frecuencia nos podemos equivocar en el balance, no acertar bien en situar las partidas entre las pérdidas y las ganancias. Este es el error más grande que podemos cometer en los nuevos planteamientos acerca de la vida consagrada. Vivir como ganancias las pérdidas y viceversa. Podemos estar considerando ganancias las penurias que queremos conservar a toda costa y evaluar mal, como pérdidas, los dolores del alumbramiento de lo nuevo.

Con frecuencia podemos caer en esta falsa alternativa, la peor que se nos puede ofrecer: una conciencia dormida de la realidad que nos cerraría las posibilidades del futuro. Lo decisivo es acertar en el balance, porque nuestra percepción de la realidad está alterada por el peso del pasado.

Lo peor es confundir las decepciones del pasado con las posibilidades del presente y proyectar en éstas desesperanza. Esta confusión nos podría estar cegando a la visión real de lo que podemos, y debemos hacer. Sin quererlo nos podemos estar moviendo en esta confusión: lo que nos desgasta y lo que nos nutre no se puede asimilar a los que nos disgusta y a lo que nos gusta. Porque nuestra percepción de lo nuevo es incierta y no podemos juzgar desde lo viejo experimentado acerca de lo nuevo que está por venir. Resistentes y vulnerables, ésa deberá ser nuestra divisa. Vulnerables porque nos sabemos arcilla frágil y quebradiza que sólo el fuego puede fortalecer y hacer transparente. Resistentes, porque no nos revestimos de las armaduras del mundo, sino de las armas de la luz: la sinceridad y la verdad. De este modo podremos ser, en verdad, testigos que miran por los empobrecidos de este mundo, atalayas de compasión que no pactan con el dolor de los pequeños para satisfacción y gloria de este mundo.

Lo que nunca deberemos olvidar en la vida consagrada, y en la vida cristiana en general, es que somos frutos de la Gracia, que vivimos porque el Espíritu nos inspira constantemente la vida. Somos como el campo de los huesos secos que contemplan los ojos atónitos de Ezequiel, trabándose unos en otros, brotando tendones y músculos, e irguiéndose vivos como un gran ejército que se apresta a la batalla.

Lo que no podemos olvidar nunca es que somos eso: huesos secos, a los que se profetiza con la fuerza del Espíritu desde los cuatro puntos cardinales, para que revivan

por su vigor, y salgan de ese campo calcinado para servir a los designios del Dios Vivo. Hombres y mujeres puestos al servicio de la vida amenazada en cualquier forma, entregados y acogedores, que quieren ser testigos fiables que, en medio de la muerte y el sufrimiento, se atreven a anunciar una resurrección definitiva.

¹ R. KOSELLECH, Espacio de experiencia y horizonte de expectativa: dos categorías históricas, en: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona 1993, 333-357.

² Cf. A. TORNOS, *Psicología del desencanto*, Madrid 1982, 18 ss.

³ J.B. LIBANIO, *Impactos de la realidad sociocultural y religiosa sobre la Vida Consagrada desde América Latina*. En: CONGRESO INTERNACIONAL DE LA VIDA CONSAGRADA (CIVC), *Pasión por Cristo, pasión por la Humanidad*, Madrid 2005, 151 ss.

⁴ En varios escritos me he dedicado a fomentar la reflexión sobre una nueva cultura para la vida consagrada. Se puede consultar: X. QUINZÀ, *Pasión y radicalidad. Posmodernidad y vida consagrada*, Madrid 2004, 11-64.

⁵ Cf. M. FABRI DOS ANJOS (Org.) *Novas Gerações e Vida Religiosa. Pesquisa e análises prospectivas sobre Vida Religiosa no Brasil, Aparecida Sao Paulo 2004*.

⁶ El tema del "encanto" de la vida consagrada está muy bien expuesto en: J. M. GUERRERO, sj, *El encanto de la vida religiosa*, Folletos Con Él, 252 Febrero 2005.

⁷ CONGRESO INTERNACIONAL DE LA VIDA CONSAGRADA (CIVC), *Pasión por Cristo, pasión por la Humanidad*, Madrid 2005, Documento de trabajo, 27ss.

⁸ Me han resultado muy inspiradoras las reflexiones de F. ANTHONY, MCSWEENEY, SSS *Algunas observaciones respecto a la vida religiosa hoy*. En: VII Asamblea General de la Compañía de María, *Por una educación humanista en un mundo plural: Desafíos y respuestas*, Roma 2006, 29-53.

⁹ A este respecto resulta muy gratificante volver a releer la obra del P. LEDRUS, sj, recientemente reeditada por Angelo Tulumello. M. LEDRUS, *Sed santos. Consagrados al único Amor de diferente manera*, Madrid 2006.